

EL JARDÍN DE LOS DELIRIOS. LAS ILUSIONES DEL NATURALISMO

Ramón del Castillo, Editorial Turner (colección Noema), Madrid, 2019. 680 págs.

ISBN 978-84-17141-84-4

Que paisaje y ecología han recibido una atención creciente en las últimas décadas desde disciplinas como la geografía, la historia del arte, la estética, la arquitectura o la ingeniería, es algo que no pasa desapercibido al visitante asiduo de librerías y bibliotecas. Sin embargo, es menos habitual que la filosofía, al margen de la estética, se ocupe de espacios verdes y de jardines, a pesar de que, en palabras de Santiago Beruete, otro autor recientemente publicado por Turner: “el jardín es, en tanto que obra de arte viva dotada de una compleja simbología, un artefacto cultural y una sofisticada creación intelectual, y por consiguiente materia de reflexión filosófica”¹.

Al igual que Beruete, Ramón del Castillo, profesor de Filosofía Contemporánea y Estudios Culturales en la UNED, procede del campo de la filosofía, pero su libro, *El jardín de los delirios. Las ilusiones del naturalismo*, es difícil de clasificar, ya que practica la incursión en territorios como la geografía, la ecología, la sociología, la historia del arte, la arquitectura, el urbanismo o la literatura, lo que, según el autor, supuso “un intento de evasión del campo de la filosofía, un esfuerzo por respirar aire libre procedente de otras disciplinas” (pág. 523). Del Castillo discurre por estos ámbitos para preguntarse sobre los delirios de otro intento de evasión que, afirma, se ha extendido en los últimos tiempos: el que se relaciona con cierta idea de naturaleza y con el deseo de espacios verdes, ya sean bosques, parques, jardines o huertos urbanos, reales o imaginados.

Las 680 páginas que conforman este grueso volumen se dividen en dos partes, la primera, titulada “Delirios al aire libre” está formada por los dieciséis capítulos que desarrollan el contenido teórico, seguidos de unas extensísimas notas y de una bibliografía que se completa ampliamente en la segunda parte del libro, bajo el título “Biblioteca delirante”. Una ojeada a los títulos

de los capítulos informa de la variedad de vías transitadas por Ramón del Castillo, que dirige al lector, más que por un recorrido señalizado, por una agradable y a veces sorprendente serie de derivas, que comienzan explorando la necesidad de “Evasión” y terminan dirigiéndose a “Jardines extraterrestres”. En estas derivas el autor desgrana con fluidez sus reflexiones, que a menudo parten del cuestionamiento de una premisa alrededor de la cual articula su discurso. Para ello, recurre a múltiples referencias, entre las que destacan los geógrafos, especialmente Yi-Fu Tuan, cuyas ideas –afirma el autor– le impulsaron a escribir *El jardín de los delirios*, además de la psicogeografía y de otros autores procedentes de distintos campos. En este aspecto reside una de las cualidades del libro, en el transcurso de su lectura surgen numerosas citas a obras especializadas, sin que ello derive en un irritante ejercicio de erudición.

La vastedad de las fuentes consultadas se pone de manifiesto en la segunda parte, una “Biblioteca delirante” formada por “guías de lectura” –según explica el propio autor–, en las que comenta prolijamente los textos de los que se ha nutrido, en buena medida gracias a sus estancias en bibliotecas de centros de investigación de varios países, así como sus visitas a numerosos parques y jardines. Estas guías se organizan en veintitrés secciones: “Memoria, nostalgia, pasado perfecto”, “Neurología, ecopsicología, terapias, fe”, “Hogares, casas, cabañas”, “Melancolía, aburrimiento, fuga, desaparición”, “Andar, caminatas, travesías”, “Excursiones, viajes, vacaciones”, “Zoos, ferias, parques temáticos”, “Naturaleza y ecología”, “Paisajes”, “Bosques, parques, jardines”, “Diseño paisajístico”, “Urbanismos, diseños, políticas”, “Literatura”, “Artes”, “Pintura y fotografía”, “Documentales y películas”, “Ruidos y paisajes sonoros” y “Ecos y músicas”. La siempre difícil tarea de clasificar una biblioteca se

resuelve, en este caso, con una catalogación poco ortodoxa que hace pensar en lo que había fascinado a Foucault del brevísimo ensayo de Borges, *El idioma analítico de John Wilkins*, la aparente arbitrariedad de toda taxonomía.

Concebido como una colección de ensayos unidos por un hilo común, *El jardín de los delirios* carece de un prefacio e introducción al uso que avancen, al menos de un modo convencional, los objetivos, tesis y estructura del libro, y arranca con el capítulo "Evasión", donde afirma: "nos hemos asfixiado en las ciudades y ahora tratamos de huir en dirección contraria hacia un campo totalmente idealizado. Lo que un día fue un refugio, hoy nos parece una cárcel. Si viviéramos realmente a la intemperie en plena naturaleza, o lleváramos una vida verdaderamente rural entre pastos y corrales, cuerdas y silos, correríamos de nuevo hacia la jaula de la civilización" (pág. 19). Del Castillo se detiene en algunas ideas de partida claves para comprender su enfoque, en primer lugar, se pregunta porqué la necesidad de evasión se dirige, frecuentemente, a una naturaleza controlada y siempre idealizada. Como buen crítico cultural, atraviesa la falacia de raíz idealista de que existe un deseo supuestamente "natural" en el hombre de buscar un contacto con la naturaleza, para afirmar que esta búsqueda es un producto histórico y cultural "que se ha aprendido de igual modo que se aprende todo lo demás: imitando, observando, conviviendo con otras personas", sin dejar de recordar que "volver a la naturaleza ha sido un privilegio de unos pocos" (pág. 21). Del Castillo, declarado admirador de Fredric Jameson, no oculta su herencia de un marxismo metodológico que analiza la relación entre producción cultural y capitalismo. "Capitalismo verde", cabría decir en este caso, un tipo de mercantilización de la naturaleza y del paisaje impulsada por los bobos, las nuevas clases pudientes que en los años noventa pusieron en práctica una nueva forma de acercarse a los espacios verdes, más "auténtica", "saludable", "ecológica" y "espiritual", pronto adoptada por el turismo masivo, y continuada, a su manera, por el "ecohipster" del siglo XXI.

El capítulo inicial también avanza el estilo que el autor mantendrá en los siguientes, marcado por el particular ritmo de pensamiento que acon-

tece cuando se camina, esa suerte de deambular de las ideas que va adquiriendo cierto orden a medida que el paseo se acerca a su fin. Este es uno de los aciertos de *El jardín de los delirios*, su estrategia narrativa: cada capítulo surge de una conversación o de un paseo, o más frecuentemente de ambas cosas a la vez. Del Castillo, cual peripatético, dialoga con otros autores y caminantes mientras reflexiona sobre los distintos modos en que el habitante de las ciudades ha idealizado la naturaleza, y sobre algunas teorías y creaciones delirantes derivadas de ello, ya sean movimientos que abogan por la desaparición de la especie humana, jardines creados por personajes excéntricos, o los paisajes fantasmales derivados del desenfreno constructivo. En coherencia con la fluidez de esta estructura, el tono empleado imprime un estilo próximo a lo coloquial, no exento de humor y de ironía, a veces de nostalgia, especialmente en las alusiones a los recuerdos del autor de paisajes y parajes, compañías, lecturas y películas revisitadas, lo que contribuye a hacer de la lectura de este libro una experiencia particularmente gozosa.

El jardín de los delirios logra eso tan difícil en la literatura ensayística, que es fusionar erudición y buena escritura. En esto se advierte el sello de la editorial Turner y, concretamente, de la colección a la que pertenece este texto, Noema, la cual reúne textos de temática diversa que tienen en común la calidad y el interés de los contenidos. En esta misma colección se publicaron en 2018 dos títulos de Santiago Beruete que, también desde el ámbito de la filosofía, aborda la fascinación por la naturaleza, naturaleza domesticada, en este caso: en *Jardinosofía* plantea un análisis de la relación entre filosofía y jardín desde la Antigüedad, en el que vincula jardín y utopía: "la nostalgia del paraíso se confunde con el sueño utópico de un mundo mejor, y el empeño de forzar la naturaleza compite con el anhelo por redimirla"; en *Verdolatría* (2018) se refiere al ambivalente comportamiento del ser humano frente a una naturaleza que idolatra y destruye. La publicación de estos tres ensayos es, sin duda, síntoma de que existe un interés en nuestro país, detectado por una editorial con un criterio tan acertado como Turner, por comprender nuestra relación con la naturaleza y el paisaje desde perspectivas que aporten una visión crítica.

La de Ramón del Castillo lo es. En su recorrido por los delirios del naturalismo, comienza por cuestionar nuestro supuesto connatural amor por la naturaleza, y la propia idea de naturaleza, contraponiendo las teorías de ecologistas de toda índole con las de la psicogeografía, el situacionismo y el anarquismo de los años sesenta, revisa la construcción del paisaje a través de expresiones culturales y artísticas como la literatura, el cine y la pintura, sospecha de los discursos sacralizadores de determinados grupos naturalistas, advierte de las amenazas del “capitalismo verde” y del “capitalismo natural”, indaga sobre las motivaciones del *urban gardening*, explora los paisajes de ruinas modernas heredados de los desmanes de la burbuja inmobiliaria, se pregunta sobre la esencia de la práctica de la jardinería y sobre el uso de los parques y jardines urbanos, plantea la posibilidad de un caminar alterado, rastrea las derivas del paisajismo surrealista, relativiza la exaltación de lo que Juan Antonio Ramírez denominó arte “margivagante”, incide en las debilidades de la aproximación situacionista a la ciudad, así como la ingenuidad de ciertas posturas neosituacionistas y de los partidarios de la *Temporary Autonomous Zone*, pasea por los espacios verdes de los no lugares y del simulacro, por el paisajismo posmoderno, da un salto a los espacios verdes en la ficción cinematográfica para recalcar en los nuevos “paraísos artificiales” contruidos en la tierra, desde las islas artificiales de Dubai hasta las ideas sobre el jardín planetario de Gilles Clément, para terminar con los proyectos entre la ficción y la realidad sobre una horticultura marciana.

No sorprende, por tanto, que en las páginas de *El jardín de los delirios* se cruce un igualmente diverso grupo de autores –geógrafos, ecologistas, historiadores de las ideas y del arte, filósofos, psicólogos, sociólogos– que parecería difícil reunir, además del citado Yi Fu-Tuan: Richard Sennett, David Brooks, Alain Roger, Murray Bookchin, Guy Debord, Chtcheglov, Georges Perec, Slavoj Žižek, Bachelard, Foucault, Rebecca Solnit, Susan Sontag, Jonathan Crary, Juan Antonio Ramírez, junto a arquitectos como Rem Koolhaas, Bernard Tschumi, Richard Neutra o Buckminster Fuller, escritores como Julien Gracq o Italo Calvino, y artistas como Brueghel, Giorgio de Chirico o Asger Jorn, por citar sólo algunos. A las numerosas

referencias citadas se suman las notas, la bibliografía y, sobre todo, la segunda parte del libro, la “Biblioteca delirante” compuesta de veintitrés “guías de lectura”, que a menudo culminan en pequeños ensayos, y ofrecen una apabullante cantidad de recursos para seguir indagando sobre las derivas del naturalismo en la sociedad contemporánea y su relación con otros campos, como la música o la fotografía.

Se podría argumentar que la postura crítica del autor respecto a los reduccionismos ecologistas de lo verde y a la suburbanización, no es del todo original. Esta última ya estaba presente en la preocupación del marxismo “situacionista” por la deshumanización y mercantilización de la ciudad, inspirada por la obra de Lefebvre. Igualmente, pioneros de los estudios de paisaje en la Francia de los noventa como el filósofo Alain Roger y el geógrafo Agustin Berque han incidido en ciertas desviaciones de un naturalismo mal entendido: el primero acuñó el término “verdolatría” en *Breve tratado del paisaje* (1997) para aludir a las banalizaciones ambientalistas y ecologistas en torno a la obsesión por lo verde, y Berque abordó el pseudo-ruralismo, el ruralismo reducido a estética, en “Le paysage du ciborg”³. Del Castillo integra estos análisis y los amplía desde la premisa de que todo pasa por “una solución social al desastre ecológico, una solución manejada por seres humanos liberados de cualquier autoridad no humana” (pág. 70).

El propio autor adelanta y razona otras críticas que podrían hacerse a este libro: el predominio de las referencias bibliográficas anglosajonas, y los riesgos de adentrarse en disciplinas que no son las propias. Ambas son producto de la multiplicidad de intereses que han alimentado su trayectoria investigadora, centrada en la historia de la cultura y del pensamiento en Estados Unidos, el humor, la cultura audiovisual y la música. En la potencial fragilidad de la heterogeneidad radica, en cambio, uno de los puntos fuertes de *El jardín de los delirios*, que combina con fortuna una insospechada y desprejuiciada miscelánea de disciplinas, desde las más empíricas, como la geografía o la sociología, a la creación artística y literaria.

Ramón del Castillo revela que para la elección del título tuvo en cuenta una obra de arte y un

ensayo que, aparentemente, poco tienen que ver entre sí: *El Jardín de las Delicias* y *Delirio de Nueva York*. Sin embargo, los ecos de ambas obras en su libro no sólo se perciben en el título. *El jardín de los delirios* surge de una mirada caleidoscópica que abarca múltiples escenarios para comprender un fenómeno complejo, las formas, ideas y peligros que se alojan bajo la "ilusiones del naturalismo", que no está muy lejos de la mirada

que adopta Rem Koolhaas en su análisis de la multiformidad de la arquitectura metropolitana en su *manifiesto retroactivo* de Manhattan, ni de la mirada dislocada del espectador que busca ordenar la abrumadora y fascinante composición de escenas que pueblan el tríptico del Bosco.

Yolanda Pérez Sánchez
Universidade da Coruña

NOTAS

¹ Santiago Beruete: *Jardinosofía*, Madrid, Turner, 2018, pág. 16.

² *Ibid.* Pág. 20.

³ Agustín Berque: "Le paysage du cyborg" en *Quintana*. Santiago de

Compostela, Universidad, 2003, nº 2, pp.109-127.